

SANTIAGO DE CHILE, DOMINGO 27 DE JUNIO DE 2004

EN LAS ARENAS DEL RÍO SANTIAGUINO

El Mapocho recupera la memoria histórica

Solemne y humorístico libro de memorias escrito por Ricardo Puelma nos devuelve a zonas para la risa y para el llanto de nuestra identidad nacional.

ENRIQUE LAFOURCADE

Merecedor por el Pacífico Forestal a ver si experimentaba un encuentro con el estadio galáctico vigilante por los caminantes a caballo —el ensueño yo— me acerqué al río Mapocho que despedía hondas tembladeras. En mis manos: "Arenas del Mapocho", un libro escrito por Ricardo Puelma López, que ya antaño, modesto funcionario de empresas públicas, publicó hacia 1941 en la Litografías Crisólitas. Con gran esfuerzo conseguí regular como 30 ejemplares. Al menos, lo que explicaba mi profesor de Filosofía, poeta, ensayista, conversador intelectual sobre este mundo y el otro, que fuera maestro inolvidable amigo Luis Oyarzún Itaya.

Gustaba mucho nuestro leseros párrocos (a los pulullos que conformaron la Generación del 50) de fondo de Bertilby Puelma. Y explicarlos con loco humor.

Puelma explica: "Santiago era mi ciudad, mi vieja ciudad colonial. No me importa que ahora tenga una encarnación a la moderna". Y decidió párrados a explicar cómo en esta ciudad había apresurado a besarse. Su profesor fue una chicha de 15 años. Su prima amó por supuesto. "Aquí aprendí a sufrir; por todas las mujeres, por esa que me humilla con desprecios".

Entre la inocencia y la pillería

Puelma, en este escrito, oscila entre la honda misticación hasta las olvidades más infantiles. Es un "nafí" importante. He conocido estos seres en estudio de gracia que silencian la resbaladiza de dejar por escribir las minúsculas de sus desenminadas vidas. ¿Por qué no? "Acaso la existencia no es más o menos aburrida?

Puelma se casa muy joven. Se casa sin tener casa. Con su novia y luego esposo, edifican una "an Naboo", con tablas en desuso, como pastones, como emigrantes. Imitó nuestro escritor muchas horas libres en sus diversos y modestos empleos. Los ocupaba en festejar los famosos, en especial a Joaquín Edwards Belli y Hernán Díaz Arrieta. Administraba sus créditos y el lucro de que ambos habiesen nacido "aristócratas", aunque de Edwards Belli, sin perjuicio de reconocerlo como "el mejor novelista criollo de

nuestro siglo", escribió que era "Liso de espaldas".

Detestaba a la Mistral

Asombraba que tanto sus versos como su prosa tenían un estilo "furioso", en un esfuerzo por darle vida propia al lenguaje criollo". Según nuestro escritor, la Mistral odia el cielo "árido y barbillando" "muy a la moda entonces".

Justamente hemos celebrado en Gibratarrá su aproximación devota y brillante, cosidora, exhumadora, del gran espíritu de la lengua de Santa Teresa y los Clásicos peninsulares, entremediada por criollas expresiones de su tierra porteña. Puelma explica cómo perdió el cliente legendario "Tita". Dicen en sus memorias: "Lo tuve que dejar de leer porque me faltaba el aire. Me ahogaba en ese obsequio seco de pensamientos raros".

Tan bien cuenta cómo una buena tramaática comenzó a cantarle las canciones de cuna, con letras de la poesía, a su hijo. "El nene, en vez de dormirse, se puso a llorar a gritos". La conclusión de Puelma: "Le agarré un pequeño berrinche que aunque no tenía el cerebro muy maduro, no le gustaban las latas muy profundas".

También encontró espantosos los versos "Canciones de Cuna" que hacían estallar a grito pelado a los niños. Según Puelma, no podían competir con el clásico sonideño, el "Arru tri-ru-pata".

Puelma, de acuerdo a sus memorias, era un rondinero que alcanzó a enamorar a algunas niñas. Con resignación y satisfacción escribió ya muy anciano:

"Estoy con una pie dentro del cajón, pero me afamo desesperadamente con el otro en tierra para afeitarme a una mujer. Yo no la soltaré jamás, porque el día que me deje habrá cesado mi tendencia de existir y cerrar yo mismo la tapa de mi ataúd".

Tuvo mala suerte con las Eloises, Juilletas, Melisandras y Beatrizes. Cito: "Apareció en mi vida cuando yo era un anciano decrepito, una ruina física roída por males incurables. Cuando la conocí nos separó el abismo de 40 años. Ella tenía 20 y yo 60. Sin embargo, en amor físico ella lo sabía todo y yo no sabía casi nada". Concluyendo que "la desgracia amorosa de muchos hombres y de todos



los viejos están en saber que la mujer es sólo un animal cortizable y en no poder pagar su precio".

Epigramas y greguerías

Seguro que nadie supo este don Ricardo Puelma de la visita de Ramón Gómez de la Serna, traído por el cuerpo médico de Santiago para que los matizara con su ingenio. A don Batán lo organizaron toda suerte de homenajes-survivencias. Don Ricardo resultó ocupado levantando su mesa para transformar a su novia en espuma legítima. Y hacia tiempo que, por su cuenta y riesgo, se había dado a crear sentencias agudas, inventivas e ingeniosas. Aquí, las mejores:

"Para que un viejo seaafortunado en amor, lo primero que tiene que hacer es penetrar su corazón en la bilbilla".

"Hay besos de padillas que parecen morados de letos".

"Se necesitan por lo menos 10 mil hojas de pura para tapar las desventuras morales de nuestros burócratas fiscales".

Esta última meditación puelmeña resulta extraordinariamente oportuna en estos días en que Chile vive el milagro económico. Es un amillo al dodo de los grandes ingenios que nos mantienen.

Sigamos. A Puelma le interesa especialmente encender luces sobre los misterios de la carne y el corazón. "Un viejo ilusionado de amor es como un callo o un fumuscólo perfumado."

Como leemos, agudo, lejano. Decía del mundo: "Humareda, crece el monstruo más espantoso para que te devore la Macumaria".

Puelma fue una isla, de pequeño buque prudente y austero con un puritano solitario y nada de tento. Vivía preocupado del poder que ejercitaban las viejas feas. Ejemplos: "Las viejas feas son las mejores directoras del tráfico de la moral. Cuando uno postaba sexualmente lo pasaba parte ante todo el vecindario". Sus revelaciones y consejos sorprenden: "Cuesta mucho digirir una idea inteligente. Comúnmente se ataja en el cogote de los tonos y les produce una risa incomprendible". Hasta descubrió un ungüento mágico para comprender las viejas. Aquí va, en forma exclusiva para mis lectores: "No hay crema mejor para rejuvenecer a las viejas feas que el palombe".

Muy interesante esta sentencia: "La experiencia es como la digestión: uno mismo tiene que hacerla. Las digestiones de los demás no nos interesa". Así era este don Ricardo Puelma, el caballero militante tímido, que se hacia el cuchito, este Puelma casi inviolable que llevó páginas con sus observaciones sobre Santiago de Chile especializándose en los habitáculos que circulaban por la Alameda de la Dehesa y por los Callajones de las Cárceles. El arquitecto nato del chileño esencial. Ricardo Puelma López habría sido un ser invisible, una partícula, un cometa, un polvo, sin ésta su memoria, las "Arenas del Mapocho". Dónde él es un entusiasmo como uno de los grandes cometas de Marañón Rojas, Olegario Lazo, Pablo García, Carlos Lecca. El Mapocho, hoy, casi no acuerda agua. Tiene muy pocas aguas. Lo está asesinando. La Justicia, con sus tribunales tristes y sombríos, Vigila y condena hasta el buen humor. El garabato se permite. La cincuentona. Se permite y estimula el desarrollo de los "gaps" y las lesiones como los privilegiados chilaneños del mundo nuevo. Pero la delicada sección, resa, se provoca. A Puelma, hoy, lo habrían crucificado.

El Mapocho recupera la memoria histórica [artículo] Enrique Lafourcade.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Mapocho recupera la memoria histórica [artículo] Enrique Lafourcade.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)